

MAGIN BERENGUER: *Prehistoric Man and his art. The Caves of Ribadesella*. Translated from the Spanish by Michael Heron. Londres, Souvenir Press. Un vol. enc. de 168 págs.

Recientemente ha sido publicado en lengua inglesa y por una editorial no especializada precisamente en literatura científica arqueológica, sino en otro tipo de publicaciones dedicadas al gran público, un gran reportaje de la prehistoria astur-cantábrica, cuyo autor es ese buen artista bien conocido en el Principado que se llama Magín Berenguer, cuyo cargo, primero como docente en la Escuela de Artes y Oficios de Oviedo y después como Consejero Provincial de Bellas Artes, le ha otorgado, aparte de sus méritos personales, inteligencia y caballerosidad, una situación de excepción entre los *connoisseurs*, más que entre los arqueólogos profesionales y eruditos locales propiamente dichos, del arte y antigüedades de Asturias. Hoy la labor de Magín Berenguer, muchas veces ingrata, por su múltiple y polifacética proyección no ya como funcionario local de la Diputación sino dependiendo de Madrid, le ha labrado un nombre y una autoridad, que se inició a raíz de sus espléndidas reconstrucciones de pinturas que ornaron en nuestra primavera medieval, iglesias y palacios de la primera monarquía netamente hispánica en el alba de la Reconquista. Reproducciones y reconstrucciones llevadas a cabo amorosamente, con un saber arqueológico que muchos desearían y que le permitiría firmar con el Prof. H. Schlunk, un libro memorable bien conocido, hoy clásico, dedicado al arte asturiano prerrománico. Hechas así sus primeras armas, a nadie ha de extrañar que conocidas sus dotes artísticas, Magín Berenguer imaginase reunir, renovadas y redivivas merced a la magia de su pincel, ese maravilloso y único tesoro que constituye el arte rupestre cuaternario, que alberga Asturias. Fueron dos o tres años de intenso bregar, hasta que al fin se lograría un *corpus* impar, que por vez primera se exhibió al público hace ahora unos diez años, con motivo de celebrarse en Oviedo el Congreso Nacional de Arqueología, en el recinto de la Caja de Ahorros. Exposición representada por un gran especialista del Paleolítico español, el Prof. F. Jordá Cerdá, llamó la atención a los prehistoriadores y arqueólogos con-

gregados en dicha exposición, haciéndoles patente, que la especialización y particular maestría, que es necesaria para la copia de los palimpsestos rupestres p en la que ya se habían significado artistas como Benítez Mellado y Porcar, conocía un nuevo y distinguido cultivador: Magín Berenguer.

La publicación por parte de M. Berenguer de un libro que constituyó en su momento un alarde editorial *Arte en Asturias: De la Cueva de Candamo, al Palacio ramirense del Naranco*. Richard Grandío, Oviedo 1969», nos daría ya auténtica medida del valor de Magín Berenguer como publicista ameno y concienzudo de temas asturianistas, hecho que nos lo confirmarían otras publicaciones suyas bien conocidas como una muy útil «Guía de Asturias» y su «Arte románico asturiano», y que han dado a su autor muy merecida fama incluso fuera de nuestras fronteras. Nadie pues, más capacitado que Magín Berenguer en sus facetas de artista y de literato, para darnos este libro publicado ahora en inglés y traducido cuidadosamente por M. Heron y en el que sin excesivas pretensiones científicas y para el gran público se nos da una visión panorámica y útil para el lector, que no sea prehistoriador profesional, de la riqueza arqueológica del país astur, contenida sobre todo en el arte rupestre que atesoran sus cuevas paleolíticas, y que empezaron a ser conocidas y estudiadas a partir de la primera decena del presente siglo con la actividad de un Conde de la Vega del Sella, H. Obermaier, H. Breuil, H. Alcalá del Río, L. Sierra, E. Hernández Pacheco, F. Carrera Díaz-Ibargüen... De la mano de Magín como guía cautivador y aménisimo, que prescinde voluntariamente de toda erudición que sería fastidiosa en un libro coyuntural como el que reseñamos, el gran público podrá conocer las quintaesencias que en materia de arte encierra el Cuaternario.

La reseña minuciosa y particularizada de los 18 capítulos del libro sería aquí imposible. Sin detrimento de proclamar sus bondades y el objetivo que persigue, permítasenos, sin embargo, algunas observaciones. Así, por ejemplo, en el cap. I, no hubiera estado de más, a nuestro juicio, el haber incluido los nombres de D. Casiano del Prado y de J. Vilanova y Piera, como pioneros de la Prehistoria hispana; se prescinde de la

noción del *Villafranquiense*, introducida en todas las publicaciones actuales a la hora de hablar del horizonte de la *Pebble Culture* vinculada ya al estadio australopitecino, ya habilino, echando asimismo en falta (pág. 21) una enumeración metodológica de los arqueántropos y el descubierto hace dos años hombres de Aragón (Tautavel, Rosellón), al parecer artífice de una industria tayaciense y que aludido concretamente dos páginas después como «pitecántropo», taxonomía que pese a los muy recientes trabajos de los esposos Lumney aún no ha podido ser verificada.

En el cap. III, Magín Berenguer insiste en la curiosa y un tanto divertida denominación a dar al actual *H. Sapiens-sapiens: Homo sapientissimus*, descendiente directo del hombre de Cro-magnon. La titulación nos parece excesiva y propicia a desvirtuar indudables valores del libro si algún comentarista malintencionado la comenta hasta las últimas consecuencias, tanto más, cuando al parecer, y tras los modernos estudios ecológicos y etológicos, el hombre que se había autodenominado *Homo sapiens*, jamás había dado muestras de más estupidez que en la actualidad, en que parece marchar hacia la autodestrucción o suicidio del género, con sus terroríficas agresiones a su entorno. Hecho éste que hace incluso inaplicable el nombre de *H. viator*, que algunos filósofos contemporáneos habían acuñado para nuestro tipo.

Naturalmente que también cabe la ironía, y en ese sentido quizá podamos interpretar mejor a Magín Berenguer a la hora de tildar al fanerántropo actual como supersabio, al estar cavando su propia tumba con sus continuas erosiones al medio ambiente.

Prescindiendo de la incompleta enumeración (con alguna errata tipográfica, posiblemente de la editora inglesa) de yacimientos paleolíticos en el Creciente Fértil (pág. 33) y la elementalidad del marco climático presentado al concluirse el Pleistoceno (pág. 35), pasamos al cap. IV donde (pág. 36) se nos hace una afirmación un tanto aventurada, ya que aún no está determinada, pese a recientes trabajos, como apareció el tipo de Cro-magnon (tipificado en Mechta-el-Arbi, etc.) en el

Africa Menor, Canarias y Europa Occidental. También, otra no menos aventurada utilización de las presuntas figuraciones de antropomorfos que aparecen en las espeluncas cuaternarias, para reconstruir el aspecto externo del hombre leptolítico o del Paleolítico superior, sin tener en cuenta el trabajo realmente modélico hecho hace ya algunos años por E. Ripoll. El cap. V, referido a representaciones femeninas, adolece asimismo quizá del desconocimiento de la célebre tesis de L. Passemard, aparte de modernas interpretaciones médicas y bromatológicas de la esteatomería de los tipos femeninos dominantes, que pueden comprenderse sin arriesgadas presunciones (pág. 52) de la existencia de «dos» tipos raciales.

En el cap. VI, posiblemente, no hubieran sobrado una serie de consideraciones siempre útiles, que pueden extraerse de las enseñanzas contenidas en conocidos trabajos de Clark, Nougier, Brezillon y Arlette Leroi-Gourhan, sin olvidar a los hispanos Jordá, Echegaray y Barandiarán, así como la obra reciente vertida a la lengua española de Marshall D. Sahlins, «Las sociedades tribales» (Barcelona, Nueva Colección Labor, 1972), o la misma original de I. W. Cornwall (*The World of Ancient Man*, London, Phoenix 1964). Llamamos asimismo la atención sobre un posible error de transcripción (pág. 54) que quizá, más que a Berenguer, habría que achacar al traductor al inglés, poco familiarizado con nuestra toponimia cuando se menciona los «deposits of Las Palomas, La Pileta, Ardales, Nerja», que quizá hubiera sido conveniente poner entre paréntesis junto a la localidad, la provincia española a que se refieren, y en la siguiente página, al referirse a la concepción de «lo Sobrenatural» por el hombre cuaternario, las aportaciones hechas hace ya bastantes años por Maringer y las más recientes de Leroi-Gourhan y Marshack, en torno a la religiosidad prehistórica.

En el cap. VII (pág. 56) se dice un tanto ambiguamente y sin especificar, que el Perigordense Superior es denominado Gravetiense («Late Perigordian is called Gravettian»...), cuando quizá debía haber concretizado que el Gravetiense para muchos tratadistas es sinónimo de Perigordense IV. Tampoco,

en dicho capítulo, hubiera sobrado un cuadro sinpótico con la sucesión de horizontes y cronología siempre útil, y que, para el profano, hubiera sido muy esclarecedor. Cuadro que esperamos que no falte en una posible edición de la obra en lengua castellana. En el cap. VIII, parece referirse al Auriñaciense, diverso arte mueble que quizá hubiera sido más ajustado haberlo señalado en el Magdaleniense. No encontramos tampoco referencias cronológicas, siempre muy útiles para el profano. Como tampoco las encontramos en el cap. IX cuando se habla del Solutrense, no subrayando su escasa duración (2.500-3.000 años), ni el virtuosismo de algunos de sus especímenes más característicos. El cap. X, referido al utillaje magdaleniense presenta las mismas omisiones de las anteriores fases, con algunas conclusiones, quizá discutibles, como, por ejemplo, aquella pág. 68) en la que anunciando el arte tridimensional hace sinónimos, escultura y modelado en arcilla, basándose en el mitologema del Génesis, siendo realmente dos procesos completamente distintos con sus naturales consecuencias artísticas. No obstante en el mismo capítulo, se llega a interesantes conclusiones sobre ciertas representaciones figurativas de animales, derivados de recientes aportaciones de especialistas, epígonos del Abate Breuil, particularmente A. Leroi-Gourhan, al que Berenguer no sigue servilmente. En el cap. XI se dan algunas consideraciones generales, realmente útiles. Sin embargo, en la pág. 88 se habla de la «teoría sexual» de Leroi-Gourhan al establecer un nexo etnográfico, cuando más bien cabría hablar de «hipótesis estructural». Las comparaciones etnográficas del arte prehistórico astur con el de indios motilonos venezolanos, no nos parecen excesivamente rigurosas por pertenecer la comunidad prehistórica astur y dicha sociedad tribal amerindia a paisajes y ecotipos distintos, cosa que no hubiera ocurrido si la comparación se hubiera establecido con determinadas gentes eurasiáticas hiperbóreas. Por otro lado la comparación etnográfica que se hace de tocados y adornos de aborígenes americanos actuales, con los utilizados por los cazadores y recolectores astur-cantábricos, pese a tener un gran valor didáctico no ha sido lo suficientemente matizada e incluso se nos

antoja que existe alguna errata tipográfica a la hora de citar el grupo amerindio de referencia. En la pág. 93 Magín Berenguer desarrolla algunos de sus particulares puntos de vista sobre las motivaciones artísticas de determinadas culturas artísticas, que no rima excesivamente con el rigor que parece haberse impuesto el autor en la redacción de su libro. El cap. XIII es, sin embargo, un resumen sintético bastante logrado, de la historia del descubrimiento de la Cueva de Altamira, cuyo espectacular contenido artístico atrae todos los años centenares de miles de turistas y curiosos. De su consideración pasamos ya a la del cap. XIV, de diversas cuevas asturianas, en su mayor parte bastante bien estudiadas y traducidas, y que con las de Santander constituyen la provincia astur-cantábrica del área hispano-aquitana del arte rupestre paleolítico. Los capítulos siguientes XV y XVI son prácticamente, una versión inglesa refundida de los que figuraron en el libro «*Arte en Asturias...*» ya citado. Inmediatamente pasamos al capítulo XVII, que lleva el pomposo título de «Ribadesella: The London of Prehistory» posiblemente con gran «gancho» periodístico igual que lo fue en su momento, si mal no recuerdo, llamar a Les Eyzies de Tayac, «El Nueva York del Cuaternario», como si pudiera existir realmente adecuada comparación. En realidad paradigmas anti-téticos como «Altamira, Capilla sixtina del arte cuaternario»; «Láscaux, Versalles del arte rupestre» o «Kapova, Eremitage de los Urales» son denominaciones, de indudable atractivo para la *Mass-Culture*; pero de las que deben de huir los científicos, ya que no dan exacta idea de lo que se pretende con dichas titulaciones. En el cap. XVII, de auténtico interés humano e informativo, Magín Berenguer nos contará las peripecias del descubrimiento de la gruta perteneciente al complejo kárstico de Ardines explorado en parte por F. Jordá Cerdá, que llegó a penetrar a La Lloseta, pero no al antro contiguo (Pozo del Ramu) que más tarde habría de bautizarse oficialmente como *Cueva de Tito Bustillo*, en recuerdo de Celestino Bustillo, jefe del grupo espeleológico Torreblanca que la descubrió en la primavera de 1968 y quien moriría días después, víctima de un accidente deportivo. De una manera clara y

convinciente, llevado por el encanto de un estilo sencillo el lector irá penetrando con Magín Berenguer en los misterios de esta caverna, la última importante, descubierta en Asturias y de la que se espera ansiosamente la publicación de una memoria definitiva realmente científica, para su utilización por especialistas.

Aquí termina un tanto bruscamente el libro, dejándonos el regusto de la miel en los labios y no habernos dejado apenas saborearla. Cosa que posiblemente no ocurrirá cuando una publicación competente del tipo de la que recientemente se llevó a cabo en Cueva Morin (Santander), por obra y gracia de un buen equipo internacional, una elaboración definitiva del arte y contenido arqueológico de las cuevas del complejo de Ribadesella, cuyo misterio estético nos deja ya entrever Magín Berenguer en su muy encomiable libro de divulgación, a la vez de notable crónica. Trabajo éste que indudablemente siempre tendrá que preceder a otros de más altura, puramente científica, y entre los que no faltará como significado coautor, el nombre de Magín Berenguer.

La reciente edición de las Actas y Comunicaciones del Simposio Internacional de Arte Cuaternario que tuvo lugar en otoño de 1972 en Asturias-Santander, y en las que figura un breve pero denso trabajo firmado por M. Berenguer, M. Almagro Bach y M. A. García Guinea, en el que se establece cronológicamente la fase artística más notable de Tito Bustillo (Magdalenense III) nos confirma todo esto.

Concluyendo, queremos insistir en el enorme valor didáctico de esta obra escrita a vuelapluma y que no tiene que envidiar por sus valores pedagógicos a otras clásicas que desde E. Lartet, hasta G. Daniel, pasando por W. Howells o H. Kuhn, se han escrito para el gran público, llevándoles de la mano a través del complejo mundo de la investigación prehistórica. El libro de Magín tiene quizá otra virtud, y es que más que por un arqueólogo, un tipólogo o un antropólogo, está escrito por un artista lleno de humanidad y sencillez, que al igual que hace algunos años J. Camón Aznar, con su obra «Las artes y

los pueblos primitivos de España», aporta particulares puntos de vista que podrán ser o no admitidos por los especialistas, pero que sin embargo constituyen una real contribución al progreso de las ciencias humanas. Por esto, debemos estar agradecidos sobre todo a Magín Berenguer.

JOSÉ MANUEL GÓMEZ-TABANERA